



Concurso de
Relatos
Breves
“BUO”

250º aniversario de la apertura
al público de la Biblioteca de la
Universidad de Oviedo



Concurso de Relatos Breves “BUO”

250º aniversario de la apertura
al público de la Biblioteca de la
Universidad de Oviedo

© 2020 Universidad de Oviedo

© Los autores y autoras

Universidad de Oviedo

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo

Campus de Humanidades. Edificio de Servicios.

33011 Oviedo (Asturias)

Tel. 985 10 95 03 Fax 985 10 95 07

http: www.uniovi.es/publicaciones; servipub@uniovi.es

DL. AS 1635-2020

Imprime:

Servicio de Publicaciones. Universidad de Oviedo

Este libro está publicado bajo una licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 España.

Se pueden copiar, usar, difundir, transmitir y exponer públicamente, siempre que: I) se cite la autoría y la fuente original de su publicación; II) no se use para fines comerciales; III) se mencione la existencia y especificaciones de esta licencia de uso.

ÍNDICE

| | |
|-------------------------|----|
| PRESENTACIÓN | 9 |
| LIBROS PARA VIVIR | |
| Aurelio González Ovies | 13 |
| PRIMER PREMIO | |
| Cronograma | |
| José Manuel Recio Muñiz | 19 |
| SEGUNDO PREMIO | |
| Un personaxe misteriosu | |
| Vicente García Oliva | 25 |
| FINALISTAS | |
| Afayu | |
| Inaciu Galán y González | 29 |
| Bus BUO | |
| Enrique del Teso Martín | 31 |
| Cinco minutos con Mario | |
| Jorge Alonso Ares | 33 |
| Cita a ciegas | |
| Enrique del Teso Martín | 35 |

| | |
|-----------------------------|----|
| Garrar | 37 |
| Armando Gutiérrez Rodríguez | |
| Lágrimas en la piel | 39 |
| Adolfo Majado Alonso | |
| Mi historia | 41 |
| Carla Domínguez Sanabre | |
| Non Plus Ultra | 43 |
| Gonzalo Llamedo Pandiella | |
| Recuerdos en una biblioteca | 45 |
| Perfecta Vallina Pacios | |
| S/Z | 49 |
| Elena Vares González | |
| Un lugar para soñar | 51 |
| Perfecta Vallina Pacios | |
| Un ratón de biblioteca | 53 |
| Armando Gutiérrez Rodríguez | |
| Una gran familia | 55 |
| María Jesús Gutiérrez | |

PRESENTACIÓN

La Biblioteca Universitaria está celebrando, en este 2020, el 250º aniversario de su apertura al público, lo que puede sonar extraño, ya que la Universidad de Oviedo inició su actividad docente en 1608, hace cuatro siglos, y desde el principio contó con una biblioteca, entonces denominada Librería, para apoyar las enseñanzas impartidas en las facultades entonces existentes: Teología, Leyes, Cánones y Artes. Pero lo cierto es que la primitiva Librería universitaria, accesible solo a catedráticos, disponía de un espacio reducido y era muy pobre en libros y recursos.

En la segunda mitad del siglo XVIII, la situación cambió radicalmente. En ese momento, la Universidad ovetense estaba en una posición privilegiada para asumir los proyectos ilustrados, pues Feijoo había enseñado durante muchos años en ella. Por otro lado, los jesuitas del Colegio de San Matías de Oviedo rechazaron la herencia del brigadier Lorenzo Solís, asturiano fallecido en el virreinato de la Nueva España en 1761, en cuyo testamento se destinaba una elevada cantidad de dinero para la fundación de una biblioteca abierta a toda clase de personas. La renuncia permitió a Campomanes, a la sazón fiscal del Consejo de Castilla y muy vinculado a Asturias, su tierra natal, destinar el legado de Solís a la Universidad de Oviedo, concretamente a la creación, en 1765, de una auténtica y moderna Biblioteca Universitaria, para la que se construyó un recinto digno de tal nombre que abrió sus puertas al público lector en 1770, es decir, hace ahora 250 años.

Desde entonces, la Biblioteca ha disfrutado periodos de magnífico esplendor y padecido adversidades de diversa índole, la más grave de

de las cuales, sin duda, fue su completa destrucción en 1934 a consecuencia de un incendio acaecido durante la llamada Revolución de Octubre. El golpe fue devastador, pero el centro bibliográfico se levantó literalmente de sus cenizas y, desde los años ochenta del siglo XX, está situado en la vanguardia bibliotecaria de nuestro país.

Los auténticos protagonistas de la Biblioteca Universitaria son sus usuarios. Por eso, no queríamos dejar pasar esta celebración sin darles la oportunidad de compartir, en castellano o en asturiano, algo de su paso por ella, en forma de relatos breves, seguramente ficticios, pero sin duda inspirados en la realidad. De ahí la iniciativa de este concurso, que tuvo una gran acogida, y que no habría sido posible sin la generosa colaboración de los miembros del jurado: la catedrática Ana María Cano González, que lo presidió, y el profesor Aurelio González Ovies y la bibliotecaria María Soledad Díaz Carril, que actuaron como vocales.

Los relatos publicados en este pequeño libro son los quince que el jurado seleccionó como finalistas, entre los que se falló el primero y el segundo premio, a cuyos autores felicitamos sinceramente. Pero hubo muchos más. A todos agradecemos profundamente su participación.

Este ha sido el primer concurso de relatos breves organizado por la Biblioteca Universitaria. Quizá no sea el último . . .

LIBROS
PARA
VIVIR

Todos cuantos escriben estas páginas lo han declarado: libros necesarios, libros imprescindibles, libros en manantial, como un torrente de conciencia imperdurable. Bibliotecas y libros para que no enmudezcan las certezas ni las expectativas, para que surjan de continuo los abecedarios de la pasión, el entusiasmo y el sigilo de sus pasillos dilatados. Libros en espiral, como el linaje de la costumbre y la fascinación de los abismos, para resolver los enigmas cruciales. Estantes sobre los que la actualidad posea siempre su futuro, desde los que el futuro avizore el día de ayer, los nombres de ayer, las caligrafías de la sencillez, la humanidad de la palabra cristalina.

Finalistas y ganadores de este concurso —acertada iniciativa— así lo enuncian: libros oriundos de la melancolía y la fonética de la fugacidad. Libros, como una *cita a ciegas*, para enamorar hasta lo eterno las manos que los abren; libros donde lo peor nunca esté por llegar; libros para que el mundo no siga en esta línea, para que la enredadera de la voz trepe, sin tregua, por los enveses de una página; para que no se apaguen del todo los sueños ni la delación; para que no se extingan por completo el eco ni la noche; para que permanezcan los débiles tendidos de la comunicación. Libros en heredad, donde la tierra preserve un párrafo que dé a la mar, desde donde esparcir sus cenizas y nuestros restos. Libros donde el error y la sinrazón irradian en los embalses de la memoria como una cima majestuosa. Libros para que los jóvenes y el mañana imaginen el oro en la luz de una mirada; y sepan dónde encontrarse con el acierto, cuándo coincidir en la

impuntualidad; cómo decir lo que jamás se habla, cómo expresar lo que se callaría definitivamente. Libros donde un censor lamenta el vetado boceto de una rosa y llora por los siglos de los siglos.

Libros para reverdecer, para no impedir que los caballos de la libertad relinchen y galopen entre la grama y la pradería de un verso; ni que el pájaro carpintero taladre por abril los troncos infinitos del lenguaje. Libros ilegítimos, de mayúsculas insolentes y transgresoras; terminantes libros escarpados, creados para precipitarse al vacío desde su intensidad. Libros escritos desde la lluvia, encuadernados con río, traducidos en azul y al viento, rubricados por la extrañeza y sus impactos. Libros que se deslicen por nuestros sentimientos y nos dejen un surco apenas perceptible, como de *lágrimas en la piel*.

Libros para los arroyos de la ternura. Para dragar los estanques de la historia y derribar sus ancestrales estatuas de cántaros y caños de sangre. Libros abrevadero en los que la armonía gotee y en sus ondas se vean reflejadas las bestias como un remordimiento y se espanten y huyan a decapitarse en un índice. Libros donde el sol mantenga su propio horario y el laurel arome las metáforas. Donde el idioma prenda y ocasione vocablos asombrosos, esbeltos como cipreses. Libros de amor en rama, con el éxtasis de un instante y su presencia eterna; libros silvestres, afrutados, con la miel del delirio.

Libros para que jamás se haga jamás; que nos devuelvan lo que

ignoramos. Para arder en deseos y anhelar entrar en quienes sienten como nosotros, quienes parecen un espejo de nosotros. Donde volvamos a nacer al pronunciar un enunciado inexistente. Libros con patios a la literatura y a sus pérgolas de sintaxis envejecida. Libros hermosos, con desinencias y trayectos hacia reinos deliciosos; donde nos espere lo que no sucede a tiempo o lo que termina de forma irremediable. Libros tránsito para enseñar a morir de otras muertes y aprender vidas inconcebibles. Libros con la misma y única maquinaria del corazón, perfecta y quebradiza.

Libros como agua, indispensables para la sed humana. Cálidos, como el vaho de los animales en las cuadras; inolvidables como la primera vez de cualquier vez primera. Libros para una segunda oportunidad y para una despedida que no tuvo lugar. Libros con bifurcaciones e indicadores hacia lo inverosímil. Por donde podamos desfilas hasta abrazar los brazos abiertos de los antepasados. Libros inamovibles y horizontales como la compostura de los difuntos. Invadidos de ahogo como una boca colmada de terreno. Sinónimos de la locura y sus extravagancias clarividentes. Dementes libros bondadosos, al fondo del fondo, donde arde la tenue vela de la verdad.

Todos cuantos aquí dan testimonio, lo ratifican: bibliotecas, espacios nutricios, papiros que registren aniversarios de la nobleza y sus vástagos, catálogos de corrección, glosarios esplendorosos como el derrumbe del crepúsculo sobre la inmensidad de los trigales.

Palimpsestos en los que trasluzca la sensatez sobre el más allá de la benevolencia, sobre el más allá del conocimiento. Libros de arena que nos cieguen con sus borrascas intempestuosas. Diccionarios con arresto y brújulas para saber a qué distancia aproximarnos en los turnos de desamparo; con provincias y parajes y el solo soplo de la brisa y la flor que deshoja de los manzanos. Monografías intransigentes, con la virtud de los vicios, contrarios a toda sustancia; poemas adictos a los encabalgamientos más indómitos; poemas encabalgados desde aquí abajo, donde se acaba el universo, hasta el allá, en ciernes, donde comienza la cordura. Libros como *un lugar para soñar*, con los lomos tatuados por el oro de la felicidad y el rotundo carácter del ahora. Con el desenlace de lo que nunca sería del todo.

Oviedo, agosto de 2020, en el 250º aniversario de la apertura al público de la Biblioteca de la Universidad de Oviedo. Nuestra enhorabuena a todos los participantes.

Aurelio González Ovies

PRIMER PREMIO

CRONOGRAMA

Inquietud y sosiego. Aunque pudiera parecer contradictorio, ese era el sentir que me producía la inscripción "*MeDiCina animi*". No solo encerraba la esencia del Paraíso imaginado por Borges, sino también el salvoconducto para resolver un enigma crucial al que me enfrentaba rodeado de amigos silenciosos. Estos se acumulaban abiertos en un perfecto desorden sobre mi mesa de lectura. Elocuentes y generosos, al igual que todos los que me rodeaban poblando las estanterías del más poderoso de los ejércitos (general San Martín *dixit*). "*X-bibLiotheCa-X-MeDiCina animi*" rezaba para ser más precisos la cartela de bienvenida al lugar donde yo iba agotando el tiempo sin encontrar ninguna respuesta sensata. Anoté la inscripción en un trozo de papel y volví una vez más al documento sobre la conferencia impartida en mil novecientos cuatro por el Sr. Lucio Suerpérez. Durante su charla, el bibliotecario había enumerado cronológicamente las más célebres bibliotecas: la del faraón egipcio Osymandías en su palacio de Tebas, la de Alejandría, la Ulpiana, la del Vaticano, la de El Escorial, la Nacional de París, la del Museo Británico... , pero la mía no encajaba. Claramente había un error en el documento que me estaba haciendo desistir por momentos. *Aut numquam temptes, aut perfice*, me repetí una y otra vez para que la máxima de Ovidio surtiese el efecto reconfortante de otras ocasiones. Estaba entrando en una espiral de desasosiego. Una espiral desconcertante. Pero por muchas vueltas que tuviera que dar no pensaba rendirme hasta hallar la fecha institucional de apertura de nuestra prestigiosa biblioteca. Afortunadamente una biblioteca rezuma sabiduría suficiente como para

calmar al más atormentado de los ignorantes. De sus nobles estantes surgieron entonces, como por arte de magia, brazos desinteresados ofreciéndome volúmenes y manuscritos de distinta índole. No tardé en tener encima de la mesa el documento del benefactor Lorenzo Solís. El brigadier expresaba su deseo testamentario de destinar quince mil escudos de vellón a la consolidación de la biblioteca universitaria que era objeto de mis desvelos. Parecía inminente el hallazgo de la incógnita sobre la fecha de apertura al público. El Sr. Solís había fallecido en mil setecientos sesenta y uno y, aunque los jesuitas habían rechazado la donación, la labor de intermediación del conde de Campomanes había permitido que el legado llegase al destino final. ¡Todo está en los libros! ¡Claro que las bibliotecas son la medicina del alma! El siguiente paso consistía sencillamente en completar la lectura de la página del manuscrito en la que me había detenido. El siguiente paso no llegó. La luz de la biblioteca se apagó y el bibliotecario me conminó a salir. Me había advertido ya tres veces según aseguró. Caminé cabizbajo hacia casa. Había anochecido. Mis dedos se tropezaron con un papel en el bolsillo. Lo saqué apoyándome en una de las farolas que me acompañaban de vuelta al hogar. Leí lo que había escrito hacía unas horas: "*X-bibLiotheCa-X-MeDiCina animi*". Hilvané ideas, personajes y fechas. Y sonreí como solo los humanos pueden hacerlos. X+L+C+X+M+D+C. 1770. Se trataba simplemente de un cronograma.

José Manuel Recio Muñiz

SEGUNDO PREMIO

UN PERSONAXE MISTERIOSU

Yera eso, un personaxe misteriosu.

Tendría ochenta años. O más, que yo pa eso soi mui mala calculando. Y pasaba per delante'l mostrador, mui sele, mirando pa nosotres como de regüeyu. Como si quixere entruugar dalgo pero ensin atravesese a ello. Yera la época na que trabayaba na Biblioteca de la Universidá, un par d'años enantes de marchar d'Uviéu siguiendo a Esteban nuna deriva que sabía que nunca nun diba a llegar a bon puertu. Taba cantao, diciame la familia cuando me dexó por una compañera del llaboratoriu más moza que yo. Pero había que tar nel mio pelleyu pa dar por finada una rellación na que yo punxere tanta carne nel asador.

Y nun sé por qué, agora que pasó yá abundu tiempu, alcuérdome del paisanín misteriosu que surdió los caberos díes enantes de dexar el puestu y colar en pos d'aquel fatu que nun me merecía. Igual aquella anéudota yera un badagüeyu de lo que llueu diba a pasar y yo nun fui a interpretalo.

Daquella trabayaba con Blanca y llevábamonos perbién, ella fue una de les que m'avisó de lo que podía pasar si dexaba'l puestu y diba a Barcelona en pos d'un tío.

—Blanca, nun ye un tío, ye Esteban. Llevamos xuntos dos años.

—Lo que yo te diga, amiguina, un tío. Toos son iguales.

Yo dexaba la cosa ehí porque Blanca yera mui testerona y porque, amás, taba empezando a duldar del aciertu de lo que diba a facer. Nun quería que naide m'influyere negativamente. Teníalo decidío y yá taba. Quería a Esteban y el queríame a min. Lo demás non cuntaba.

Pero taba colo del paisanín misteriosu, que nun sé mui bien por qué víenoseme agora al maxín.

Yo fixárame nel intre n'el. La mayoría de los que sacaben y devolvíen llibros yeren alumnos, de más o menos edá, pero mayormente mozos. Y llueu taben los profesores pero a esos conocíamoslos a toos. Poro, un señor mayor, de pelo blanco y abrigo llargu, que pasaba tolos díes per delante de nosotres mirándonos pero ensin dicir nada, tenía que llamar l'atención. Polo menos la mía, porque la mio compañera taba siempre enfotada en recoyer y reponer llibros y consultar fiches nel ordenador. Por fin, un día decidióse. El paisanín, digo. Un día decidióse. Allegóse al mostrador y carraspió. Llevaba dalgo na mano. Un oxetu envueltu en papel d'estraza.

Blanca siguiá trabayando nel ordenador, asina que fui yo la que-y dixo:

—Bonos díes, ¿qué desea?

Agachóse sobre mí y díxome como al escuchu:

—Verá, señorita ye que tengo un llibru de la biblioteca y quería devolvedu.

—¿Un llibru? Bien, pues démelu y miramos.

—Ye que ye un llibru especial.

—Tolos llibros son especiales. Vamos, pásamelu.

El paisanín punxo l'oxetu sobre'l mostrador y quitó-y l'envoltoriu. Yera un calderín colo que paecía arena de la playa.

Ante'l mio asombro, derramó l'arena enriba'l mostrador y dixo:

—Bueno, ehí lo tien: nin mas nin menos que'l Llibru d'Arena de Borges.

Vicente García Oliva

FINALISTAS

AFAYU

Facía pocos meses que llegara a la biblioteca de la Universidá d'Uviéu pa trabayar como refuerci al personal fixu y poner n'orde una partida de caxes con fondos vieyos. Yeren cuarenta caxes de madera qu'apaecieren apocayá nel sobráu d'otru edificiu de la institución que taba n'obres.

Les caxes taben enlles de polvu y zarraes con clavos ferruñosos que quitaba con una palanca y ciertu esfuerci, espetándome delles estielles naquelles operaciones. La sorpresa y l'allegría foi bien grande al decatamos que de qu'aquellos llibros y manuscritos pertenecieren al fondu de la biblioteca que se creyíen perdíos nel fueu que vivió aquel murniu 13 d'ochobre de 1934.

Dalgún héroe anónimu rescatara de la biblioteca una bona amuesa de pieces bibliográfiques irrepitibles y cada caxa qu'abrimos trayía ablucantes sorpreses. Escritos desconocíos de Gaspar de Xovellanos, Enriqueta González-Rubín y munchos periódicos de cabeceres de les que malapenes teníemos constancia hasta entós.

Una caxa paecía especial. Al abríala apaeció un sobre vieyu y dientro una nota manuscrita. Nun yera a creyelo, taba roblada por Antón de Marirreguera: «Esta ye la mio obra, nada que pague la pena que siga na tierra dempués de que yo la dexé, quémela tres la mio yá cercana muerte».

Pasé hores y hores ente aquellos papeles, ente aquel afayu maraviyosu. Hasta qu'esperté sentáu na mesa y vi que taba sobre l'ordenador de la

biblioteca introduciendo las novedades recién llegadas en el registro bibliográfico de la universidad. Con todo, siempre pensé que aquellas cajas fueren más que un sueño y que en algún momento aparecerán algún día.

Inaciu Galán y González

Bus BUO

Desde la medianoche del jueves hasta el amanecer del domingo, transita trepidante la ciudad el Bus BUO. Pues, ¿caso repugna a la razón el maridaje de las letras, la noche y las ideas? —debió de pensar el Rector, o el Alcalde, o el Rector y el Alcalde, o algún consejero áulico del Rector o el Alcalde, en memorable ocasión que nadie recuerda. El Bus BUO parte puntual de la Plaza de Riego, donde recoge a los más rezagados entre los más rezagados de los cada tarde desahuciados de la Biblioteca Central de San Francisco y los une a inspirados tertulianos y/o poetas que libran los cafés para disfrute de las masas sedientas de otra sed, que no las letras. A la biblioteca móvil de la Universidad de Oviedo le quedó pronto raquítico el microbús que el Rectorado asignó a tal servicio (que es y no es, según se mire, vicio, quiero decir, servicio, es) y a su responsable esponsable (sic), Temicio Romero Romero (sic), le sobraron argumentos y faltó tiempo para reclamar al Vicerrectorado de Recursos Materiales y Cosas la habilitación de un autobús articulado tipo acordeón, que el proverbial gracejo local ha bautizado el "María Jesús y su Biblioteca" (los más pacatos) o el "Pajaritos a leer" (los más provocadores). Y no hay sábado sin rija, la verdad.

—Tanto leer, tanto leer —se grita de un lado—, se os van a fundir los sesos.

—Tanto beber, tanto beber —se responde del otro—, el hígado se os va a quedar como una pasa.

—¿Y qué pasa?

—Pues a beber, ¡borraaachos!

—¡Y vosotros a leer, mamarrachos! Que eso es lo que sois, ¡unos mamarraaaaaachos!

La noche divide y confunde a la ciudad. Pero la confrontación es fraterna. Nadie ya concibe la noche y la ciudad sin el Bus BUO. ¿El conductor? Va por barrios. Ángel González, Pumarín, Augusto Monterroso, Reculaño, Leonard Cohen, Fozaneldi... Todos vivos y coleantes. Y más felices que un acordeón.

Enrique del Teso Martín

CINCO MINUTOS CON MARIO

Buenas, Carmen, tranquila, tranquila, mujer, no pasa nada. Siempre se van los mejores, y es verdad. La dichosa silicosis, que nos machaca a todos. Aguantó siempre como un jabato, pero todo, ¿eh?, todo.

Escucha, Carmen, cuando marches espérame cinco minutos pa una cosa.

Oye, Carmen, yo con Mario ya sabes que desde guajes, ¿eh? Mira, te tenía que dar esto. Sí, sí, cógela. No sé si lo sabías, me la dio la última vez que me abrieron, hará ahora tres años, que al ser cerca del corazón yo estaba que no me tenía, juro. Me veía quedar allí, y viene él y me dice: «Toma, Manolo, cógela, que da suerte. Me da igual que no creas, yo tampoco creo y ya ves que aquí sigo por ella. Que sí, que a mí me da igual que no la leas, ya te digo, yo ni la he abierto», porque no sé si te lo dijo, pero se libró de irse pa Sama en el 34 cuando lo de Oviedo por ella, ¿eh? Claro, normal, nos trincan y lo ven a él con la dichosa Biblia esta y con la cara de niño que aún llevaba, que aún era un zagal, no te creas, y, claro, lo ven así y dicen los otros: «Este, el monaguillo del pueblo, fijo». Y nos miran los hombros pa ver si estaban moraos de disparar y el de él como la nieve, y yo, claro, le digo después: «Pero Mario, si no sabes ni como quitarle el seguro al máuser, ¿cómo vas a tener el hombro morao?». Que mira, fueron dos años o así en Sama, y estábamos muchos, pero después de la guerra, pues al no tener antecedentes, problemas que se quitó. Y lo peor es que la mangó en la biblioteca de la Universidad justo antes de que nos pillasen, ¿eh? Que

no sé si te lo contó, pero las pasamos canutas en la biblioteca esa cuando lo de Oviedo. Claro, guardábamos allí los cartuchos y una bomba de los otros desgraciaos debió tocar ese pabellón y, leches, se lio allí la de Dios es Cristo, todo reventando y ardiendo, y va él, que no sabía casi ni leer, pero de ver al cura reconocía una Biblia, y me suelta: «Manolo, que me la llevo, que dejarla aquí con el fuego es de mal cristiano». Que él ni creía ni leches, pero algo de tradición tenía, bueno, como todos, ¿no? Y le digo: «Mira, que como te vean con ella los demás yo no te defiendo, ¿oyes?». Y es que manda narices, el edificio cayéndose abajo, todos corriendo de un lado pa otro, y le da por llevarse una Biblia. Una Biblia, además, en una biblioteca universitaria, que sabe Dios lo que habría allí. Luego, claro, llegan los de asalto y los legionarios y que si bárbaros, que habéis quemado la Universidad y que si gaitas, y él, que parecía un cuadro y . . .

Jorge Alonso Ares

CITA A CIEGAS

Tenía que acabar esa tesis como fuera. No solo estaba el penoso asunto de sobrevivir año tras año, mes tras mes, día a día, al temible control de mi directora de tesis, a la presión de un trabajo monótono y repetitivo, al desaliento de los pocos avances y los resultados poco vistosos, al runrún familiar y amistoso —otra vez la rima, *oh my God*— del "cuándo acabas la tesis" (o el aún más insidioso por mostrenco de "tu tesis de qué va" o "tu tesis pa' qué —sí, pa' qué— sirve, estaba también, y sobre todo la urgencia administrativa, legal, perentoria, de presentar los resultados antes del plazo establecido por la normativa para no tener que hacer un complejísimo papeleo que me justificara cara a la Consejería, me facilitase una prórroga y no me abocara a devolver los emolumentos recibidos a lo largo de esos años de beca de la Fundación Blanca y Francisco Fernández Ochoa.

La BUO era siempre mi mejor refugio, mi campamento base, mi templo, mi castillo almenado. Allí encontraba constantemente, no solo los magníficos fondos bibliográficos (códices, legajos, manuscritos, impresos, folios e infolios) que necesitaba para mi trabajo, sino también y sobre todo el ambiente perfecto de estudio en la vetusta tradición boloñesa y el recogimiento casi monacal, la actitud comprensiva y cómplice y concomitante de mis compañeros de mesa, todos ellos también transidos de pasión investigadora, y la colaboración exquisita del personal de la biblioteca (facultativos, auxiliares, bibliotecarios, personal de administración y servicios).

Todos íbamos allí en busca de la cita perfecta. Del mejor ejemplo para sustentar nuestras tesis, antítesis, síntesis, hipótesis y prótesis. De la autoridad meridiana que no dejara lugar a dudas del sedimento que cimentaba nuestras propuestas. Era hermoso. Era muy hermoso. Qué placer en la búsqueda y en el descubrimiento, qué sentimiento de embargada emoción ante el sentirse parte de una comunidad intangible pero visible que nos unía, por qué no, con los monjes medievales, con los humanistas del Renacimiento, con los eruditos —a la violeta o no— dieciochescos, con los inmarcesibles ostentadores de cátedras vitalicias.

Una mañana, recién desayunado y recién sentado a primerísima hora en la mesa que ocupaba día tras día en la segunda fila, segundo espacio (era algo segundón desde siempre), tras haber recorrido el camino con la mirada en la punta de mis mocasines, vi en la esquina de la mesa una ficha de solicitud de libro en la que ponía mi nombre y la frase "la cita que necesitas para lograr tu objetivo la tienes a tu alcance. Solo tienes que saber mirar".

Levanté la vista algo azorado, recorrí la sala, que apenas tenía cinco o seis mesas ocupadas. Allí estaba ella sonriéndome. Nos citamos, claro. Terminé la tesis.

Ella se llama Nancy.

Enrique del Teso Martín

GARRAR

Nun yera más que un cadabre garráu a un llibru.

Punxi'l pañuelu a mou de mázcara. Arrecendía a carne humano chamuscao, a pólvora y gasolina. Mazcaráu con aquel traxe, el sombreru caláu, afaitáu y goliendo a colonia, nadie nun sospechó cuando y estreché la mano al capitán.

—Aurelio del Llano, inxenieru y catedraticu de mines. . .

Y entré pal patiu ensin duldar. Quedaron ablucaos viendo los zapatos rellumantes moveise pente aquelles ruines, refugando cascotes, llibros y muertos. Avezáu a velos rebozaos de carbón nun foi difícil reconocelos: Manuel *el Tochu*, con esi tomu nes manes. Vítor *Pozuecu*, cásique decapitáu metanes el patiu, con Valdés Salas apuntando pa los sos restos y mirando pa mi con aquellos güeyos de piedra frío. Un poquiñín más arimáu a los arcos taba'l cuerpu de Xuanín, el d'Ana Mari. Faltóme acolumbrar a Celestino, *el Burrín*. Imaxino que taría embaxo los escombrios. Non, nun fueren ellos los que provocaren la explosión, ye imposible. Nun los tendría pillao si fuera de la so mano.

Un cadabre garráu a un llibru. Un cadabre que'l día enantes yera un mineru prendíu a un suañu, un probe trabayador aferronándose a la ilusión, colos bolsos enllenos d'entusiasmu y cartuchos, col alma españando de futuru, de llibertá, d'utopía. Probes diaños, abocaos a garrase a un clavu ardiendo.

Les arcaes disimularon les llárimes cuando salí de la Universidá.

Non, nun fueren ellos, toi convencíu. Nun los tendría garrao la explosión. Amás, dempués de lo de la Catedral, nun tendrían desobedeció. Díxi-

yos lo mui claro:

—Posar les caxes de la dinamita onde nun haya peligru. Y facéivos fuertes. ¡Nun estrozar nada, cagonmimantu! —Y yá colaba, cásique ensin aliendu, a controlar l'avance del exércitu cuando aquella rapaza apurrió'l putu mensaxe. Había que rindir la plaza sí o sí. Retoliqué pelo baxo y acordéme de tolos santos güeyando pal cielu. Amenazaben cola aviación.

—¿Cómo te llames, guaha?

—Aida, camarada. Aida la Fuente.

—Aida, vete pa la iglesia San Pedro y busca a *El Forroñosu*. Ye un paisanu altu, delgáu y roxu. Que colen pal Padrún. ¡Pero yá! Que ye una orden de *Piloñeta*. —Fici una pausa—. Y llarga con ellos, *camarada* —díxi-y con retranca.

La neña punxo mala cara. Duldó.

—¡Arranca, hostia! ¡Ye una orden! ¡¿Oyisti?!

Cuando la neña xiró nel cantu volví sobro les mios buelgues y llamé a El Maeru. Había que fuxir enantes qu'aquellos llocos asesinos de los Regulares pudieren alcanzanos.

—Escaecer la dinamita, dexáilo too y ponéi tierra pel mediu. . .

—Y tu, ¿nun vienes? —retrucóme *El Burrín*.

—Yo tengo un asuntu pendiente na cai Cervantes. Enfilái pal Padrún, ya vos garro.

Taba yá a poco más de cien metros cuando sentí'l ruiú los aviones y l'españiu xabaz.

Garré aire y volví a maldicir aquel putu sábadu 13 de ochobre. . .

Armando Gutiérrez Rodríguez

LÁGRIMAS EN LA PIEL

Hay cosas que dejan en evidencia al azar. El destino tiende a manifestarse en diversos lugares. Ramón se lo encontró una tarde de febrero en la Biblioteca de la Universidad de Oviedo. Había un montón de libros, pero él eligió ese, pudo escoger otro cualquiera, pero algo le llamó la atención.

Creyó percibir cierta impresión en la bibliotecaria al ver el libro.

—¿Algún problema? —preguntó.

—No, ninguno —vaciló la bibliotecaria—. Que lo disfrute.

«Desde que he cumplido los ochenta la gente me trata como si tuviera noventa», pensó. «Ni que necesite niñera para sacar un dichoso libro».

Al irse del establecimiento, Ramón echó la vista atrás, cruzándose con la mirada de la bibliotecaria, cargada de preocupación.

Comenzó el libro por la noche, mientras su mujer superaba la primera fase de los ronquidos. La segunda era más suave y asequible para conciliar el sueño. Tenía más de quinientas páginas. El título rezaba "Lágrimas en la piel", escrito por un tal Moran Zaid. Le hizo gracia la casualidad de que el nombre de la dedicatoria fuera igual que el de su esposa.

Se sintió muy identificado. Su infancia era muy parecida a la del personaje. Por no decir idéntica. Su mujer ya había superado la tercera fase de los ronquidos cuando Ramón no podía dejar de leer, aterrado. Cada palabra escrita detallaba su vida. Sintió como si aquella noche fuera el comienzo de una historia de terror.

Al día siguiente, su esposa lo encontró dormido en el sofá. Reconoció en el libro la biografía escrita por Ramón a los sesenta años con su corriente pseudónimo, Moran Zaid, ocurrencia de un amigo del ejército, convencido de que su nombre descolocado era mucho más sugerente. Al acercarse se percató de la libreta que Ramón aún sujetaba, donde se podía leer:

Fecha de nacimiento. Exacta.

Lugar de procedencia. Exacto.

Pág. 170, aún no hay indicios de variaciones.

Buscar información sobre Moran Zaid.

Hablar con la bibliotecaria.

Sintió como si aquella mañana fuera una historia de terror.

Adolfo Majado Alonso

MI HISTORIA

—¡Qué bien huele, abuela!

—Sí, ¿verdad? —responde con afecto, mientras besa la frente del pequeño Pelayo.

Aquella tarde de sábado, el aroma embriagador del arroz con leche inundaba toda la cocina. Y, mientras terminaba de preparar esa delicia bajo la dulce mirada de su nieto —que, de puntillas, observaba atento la preparación de su postre predilecto—, ella no dejaba de sonreír... "¡Vaya semana!, ¿quién lo iba a decir?", pensaba.

La razón de esa dicha era por un nacimiento, el de una nueva mujer. Tras décadas de duro trabajo doméstico, dentro y fuera del hogar, presa de un matrimonio en el que fue víctima de maltrato físico y moral, por fin se sentía completa y feliz: años después de divorciarse y mudarse a la ciudad, llegó su jubilación y el lunes anterior empezó a estudiar en la Escuela de Adultos. Siguiendo las indicaciones de Alicia, su joven profesora, entró por primera vez a la Biblioteca Central de la Universidad de Oviedo, pues tenía que buscar algún libro que le llamase la atención para leerlo durante el curso. El interior de ese lugar la cautivó desde el primer momento...

A lo largo de la semana, cada vez que iba, notaba cómo la magia de la Sala General de lectura la envolvía, mientras observaba embelesada todo aquello que la rodeaba. "Bienvenida al mundo del conocimiento, ¡bienvenida al mejor rincón de Oviedo!", susurraba cada tarde cuando entraba al edificio.

Aún no había decidido qué libro escoger y tampoco sabía si iba a ser, o no, poesía; quizá sería buena idea inclinarse por Rosalía de Castro y sus “Cantares Gallegos”, o tal vez, por Antonio Machado y su querida Soria. También podría ser una excelente opción elegir a Clarín y su historia sobre Ana Ozores, quién sabe... Lo que estaba claro era que un inmenso y prometedor horizonte se abrió frente a sus ojos y su mente aquella semana.

Los días se convirtieron en semanas, y estas, en meses. Las Fiestas se acercaban y el primer trimestre llegaba a su fin. El último día de clase, Alicia anunció que, en breve, se iba a abrir la convocatoria del concurso de relatos breves “BUO”, animándoles a participar. En ese momento, notó que una inmensa ilusión la embargaba. Después de pasar el otoño entre mañanas de aprendizaje en la Escuela y tardes de lectura y relajación en su inspirador oasis urbano —al que acudía diariamente para perderse entre el perfume de esos tesoros de papel, viajando y viviendo experiencias inimaginables entre sus páginas—, se había presentado la oportunidad perfecta para demostrarse a sí misma que nunca es tarde para adentrarse en la senda del desarrollo intelectual. Así que, tras despedirse de sus compañeros, dedicó a Alicia una mirada afable y salió del aula, pensando agradecida en ese regalo de Navidad que había recibido a destiempo, completamente decidida a disfrutarlo. Lo estaba de tal manera que, casi sin darse cuenta, comenzó a escribir, llegando hasta aquí.

Me llamo Carmen y esta es mi historia.

Carla Domínguez Sanabre

NON PLUS ULTRA

Suañela toles nueches dende la primera seronda. Zarraba los güeyos con fuercia, imaxinándola caminar ente les fueyes, pasín ente pasu, dibuxando mundos nuevos nel míu. Yera pensalo y veníame la calor como si la tuviere viendo: los nuestros alcuentros nel Campus, les quedaes furtives na Biblioteca d'Humanidaes. Namái ella y yo, mirándonos en silenciu al abeyugu de milenta llibros.

Les tardes d'iviernu ellí n'Uviéu tornábense cada vuelta más curties mentantu que nos cortexáremos. Camudaba-y les hores al reló pa que nun nos separare'l tiempu. Amoriaba paráu delante de les aguyes demientres elles corríen de min.

Naide nun entendía lo que yera tenela tol día na cabeza. Quedase mirándola hasta que pesllaren la sala. Querer dedicase namái qu'a pintala con pallabres. Esmolecese por dexar testimoniu pa que daquién pudiera descubri-la más alantre, asina como yera, ensin perder trazu.

Prestaba afalagala coles manes y col pensamientu. Mentábala a escures en toles llingües de la Romania y escribíalo con procuru cuando nacía'l día. Ello yera amor incondicional. Ello yera la mio roxa preferida. Ello yera la mio tesis, recia y guapa, desplegada con xeitu enriba la mesa.

Gonzalo Llamedo Pandiella

RECUERDOS EN UNA BIBLIOTECA

Subió las gastadas escaleras hasta la galería que rodeaba el claustro. Se dirigió a la puerta de la biblioteca. En la alargada sala todo seguía igual, las mesas y sillas de madera maciza, las lamparitas con su cadenita colgando, las hermosas vidrieras, las estanterías que se elevaban hasta el techo repletas de tomos, algunos tan antiguos como la propia Universidad, pero lo que sin duda le transportó de nuevo al pasado, fue el olor, el mismo que lo envolvía confortablemente durante las innumerables horas que pasó en aquella estancia treinta años atrás, cuando estudiaba Derecho.

Recordó el día en que la conoció, cuando irrumpió con sus amigas en la quietud del viejo edificio distrayéndole de sus pesadas páginas de derecho procesal. Las observó disimuladamente, ellas le miraban a su vez cuchicheando y riendo.

Comprobó que ella consultaba frecuentemente los libros de Derecho Internacional, cuando la vio tratando de coger uno del estante más alto, se levantó y se lo alcanzó.

—Gracias —dijo sonriéndole.

—De nada, te aconsejo este, es una buena compilación.

—Gracias —repitió ella, aceptándolo —. No lo conocía, estaba demasiado alto supongo.

—Me llamo Pablo.

—Yo Mara.

—¡Qué nombre tan bonito!

—Shssss... —amonestó el bibliotecario.

La amistad creció y se convirtió en amor.

Rememoró las tranquilas tardes de estudio. En los descansos bajaban al patio, atravesaban una escondida puerta y accedían a un minúsculo jardín con un banquito verde, donde se dieron sus primeros besos. Fueron las más felices de su vida, salpicadas a veces de conversaciones amargas relativas al futuro. Ella quería que la acompañara para salvar el mundo, pero él se sentía cobarde ante tamaña empresa, no quería defraudar a su padre, reputado abogado en Oviedo que esperaba su incorporación al bufete familiar.

Al acabar el curso ella se fue de cooperante a Indonesia. Al principio se escribían a menudo, pero las cartas se fueron espaciando, ella fue cambiando de destinos, quizás las cartas se perdieron o dejó de esperarle.

Él se acomodó en su aburguesada vida y fue moderadamente feliz.

Hoy, sentado en la que fue su mesa, al fondo de la vetusta biblioteca, recorrió con la yema de sus dedos las iniciales que habían grabado a escondidas en un tiempo en que todo parecía posible. Una lágrima furtiva recorrió su rostro cuando sacó el recorte de periódico con la noticia.

"Cooperante muerta. La abogada Mara López, tiroteada mientras negociaba la liberación de civiles secuestrados".

Se sentía enfadado consigo mismo por no haberla seguido, pero también con ella, por anteponer las necesidades de los demás a su amor y haberlo olvidado.

Ya nunca volvería a verla. Había querido rendir homenaje a su recuerdo. Recuperarla.

La biblioteca, declarada ahora de interés histórico, estaba prácticamente vacía, como su alma.

Se levantó, inspiró profundamente. Al pasar, acarició la compilación que le permitió hablarle por primera vez. Con una última mirada a la mesa que compartieron, salió cerrando la puerta. Ya no regresaría.

La apacible sala quedó sumida en un adormecedor silencio, ajena a los recuerdos que guardaba.

Perfecta Vallina Pacios

S/Z

En *Amanece, que no es poco* (José Luis Cuerda, 1989), a la lozana novia prepago del alcalde del pueblo, José Sazatornil Buendía (Saza) le dedica un epíteto que bien pudiera aplicarse al propio actor veinte años antes: pimpollo reventón. Pletórico de salud y facultades, aquel año 1969, cuya terminación invitaba al pecado, pero que a la mayoría solo dejó algo de pedrea, Saza rodó siete películas, clásicos a la sazón, necesariamente menores, del llamado destape —*Juicio de faldas* (José Luis Sáenz de Heredia), *Carola de día, Carola de noche* (Jaime de Armiñán), *Una vez al año, ser hippy no hace daño* (Javier Aguirre), *Verano 70* (Pedro Lazaga), *Sangre en el ruedo* (Rafael Gil), *Amor a todo gas* (Ramón Torrado) y *Las leandras* (Eugenio Martín). Pero, de verdad, de verdad, muy por encima de los cuerpos aireados, las blancas carnes, los cutis tersos y la lencería menos o más fina, prosaicos instrumentos de su quehacer diario, pocos placeres existían para Saza comparables a un momento de paz, en una biblioteca silenciosa, ante un tratado filológico. Uno de los escasos días de reposo que consiguió reunir, entre rodaje y estreno y entre estreno y rodaje, en el mes de diciembre del susodicho año, a Saza le pasó inadvertido el anuncio de su propia muerte mientras disfrutaba en la Biblioteca Universitaria de Oviedo de la lectura de una vieja edición del *Das Katalanische: Seine Stellung zum Spanischen und Provenzalischen* (1925), de Wilhem Meyer-Lübke, autor al que admiraba como a pocos (salvo a Faulkner, tal vez). De la difusión de aquella que hoy se considera primera *fake-news* dirigida al

star-system nacional se encargó el diario *Pueblo*, a cuya sede de Serrano 61 había llegado, a través de fuente de total confianza, un teletipo que inequívocamente databa y localizaba en Zaragoza el deceso del popular actor barceloní.

La resurrección de Saza se consumó dos días después cuando, tras sus jornadas de retiro filológico en Oviedo, no pudo dejar de reparar en la incredulidad de los pasajeros del tren lechera en que regresaba a Madrid, ni en los gritos de espanto y expresiones de júbilo con que era abordado al llegar a la capital. La redacción de *Pueblo* le organizó una fiesta de reparación esa misma tarde, en la que con el humor severo que siempre lo caracterizó como civil declaró: "Esta ha sido mi primera muerte, una muerte de guardarropía, como las del teatro. Riámonos juntos y por muchos años. Pero que nadie olvide que a todos llegará el momento en que habrá de reconocerse como muerto ajeno en el teatro cartesiano de su propia conciencia". Su semblante serio encontró respuesta en una salva de palmas y atronadoras carcajadas.

Mientras tanto, en Zaragoza, los deudos de José Sazatornil Remacha, cronista deportivo local, dedicaban lágrimas y oraciones a su Sazatornil del alma, Saza.

Elena Vares González

UN LUGAR PARA SOÑAR

Entró en el patio del vetusto edificio, le pareció que la estatua de Valdés Salas situada en el centro le daba la bienvenida.

Subió a la galería que lo rodeaba y entró en la silenciosa biblioteca. Los recuerdos la inundaron. En la alargada estancia había pasado innumerables horas cuando era estudiante, mucho antes de que la Facultad se trasladara al nuevo campus.

Recorrió con la mirada las mesas, la hermosa vidriera del techo con los escudos de las Universidades de Oviedo y León, remembranza de un tiempo en que ambas fueron distrito compartido, contempló las estanterías que rodeaban la sala, acarició levemente los antiguos tratados que allí dormían, aspiró el familiar olor que en nada había cambiado y que le recordaba a velas e incienso, siempre le había parecido que le daba el aire sagrado de una iglesia. También ayudaba a crear esa ilusión la estrecha escalera del fondo que se elevaba al segundo piso de estanterías y que parecía el acceso al coro. La balaustrada que recorría la angosta balconada, rodeándola, le daba además un tono regio.

Se sintió acogida, como envuelta en un cálido abrigo que proporcionaba paz a su espíritu.

Se sentó en una de las mesas. El tacto de la gastada madera y la dureza de la silla la transportaron inmediatamente a sus años de juventud cuando tímidamente espiaba, protegida escasamente por la lamparita de la mesa, al chico que le gustaba y con el que nunca se atrevió a

hablar. Recordó sus ilusiones y esperanzas ante la vida adulta aún por comenzar.

Hoy, muchos años después, plenos de experiencias, alegrías y decepciones, que la habían convertido en la persona que ahora era, le pareció que la antigua y querida biblioteca sería el marco idóneo para cerrar ese ciclo e iniciar una nueva andadura. Sería un cambio drástico de rumbo para tratar de hacer realidad un sueño largamente postergado por obligaciones impuestas.

Quería liberarse de un presente cotidiano, mediocre, que la estaba consumiendo. El paso de los años le había proporcionado estabilidad, pero carecía de estímulos, no había aventuras en su vida, todo estaba perfectamente programado.

Ella quería volver a ilusionarse, probarse a sí misma. El proyecto que iba a emprender no sería fácil, pero tenía la certeza de que alimentaría su espíritu, quería ser una gran novelista, sabía que se aventuraba en un futuro incierto, pero en la vieja biblioteca se sentía segura, las robustas mesas de madera maciza le proporcionaban el soporte que necesitaba para anclarse, la tenue luz que la rodeaba sugería un ambiente que invitaba a aislarse e introducirse en el mundo ficticio que le dictaba su imaginación.

Novelista... Paladeó la palabra. Emocionada, abrió su portátil y comenzó a escribir.

Perfecta Vallina Pacios

UN RATÓN DE BIBLIOTECA

Apenas despunta el día, se adentra sigiloso en la biblioteca. Sagaz y experto, avalado por las innúmeras horas encerrado en el arcaico edificio, y ajeno a la soledad de los aullidos del viento, ignorante del caminar diario del sol, inconsciente de los días que monótona repiquetea la lluvia. . .

Husmea entre los estantes, curioseando volúmenes, restregando aquellos lomos como quien restaura paciente su memoria, buscando el ansiado ejemplar, el ejemplar ideal para saciar su diario apetito. La obra que llevar adonde anidan sus sueños.

Escudriña, indaga, olisquea. . .

Su inefable instinto, su reputada experiencia de auténtico ratón de biblioteca le impulsan hacia la zona más oculta y recóndita de la estancia. La solitaria parte que visitó ayer.

El bello ejemplar encuadernado en piel se antoja irresistible, sí. Volverá a devorar diez, veinte, quizás treinta hojas de aquellos *Episodios Nacionales*. Capitará una vez más, sin duda, ante aquel rancio e histórico ejemplar.

Algo le distrae en el último momento. Algo atrae, de repente, todos sus sentidos.

Es un pequeño dado blanco.

¿Qué capricho del azar ha puesto aquel extraño objeto justo al lado de su libro preferido?

Sin dudarlo un instante, se dispuso a retirar el misterioso elemento.

Sintió el chasquido metálico y una brutal presión sobre el lomo.

Armando Gutiérrez Rodríguez

UNA GRAN FAMILIA

Hola, eres nuevo, ¿verdad? ¡Bienvenido a la Biblioteca de la Universidad de Oviedo! Te incorporas cuando estamos celebrando nuestro 250º aniversario. Somos una gran familia, con varias bibliotecas, que prestamos información de distintas temáticas según las carreras. Voy a empezar presentándote a los más allegados de esta, nuestra sucursal. Considérame tu "hermano" mayor. Llevo aquí bastante tiempo y soy un manual para alumnos de primer año, lo que supone que durante el curso paso por muchas manos. Y es que no hay nada mejor para un libro que ser prestado; es nuestra función y así conocemos mundo: nos sacan, nos pasean y luego nos devuelven. Aunque una vez me asusté un poco, porque me olvidaron en el tren y estuve rodando por Asturias todo un día, hasta que alguien me entregó y me enviaron de vuelta a la biblioteca. ¡Menuda aventura...! Tú también te moverás bastante, pues querrán conocerte, porque, al ser nuevo, estás actualizado y eso se valora mucho en el mundo del conocimiento. No es que el resto estemos obsoletos, pero ya estamos un poco más vistos...

Mira, aquel es nuestro "Fondo Antiguo". Son las viejas glorias: aquellos ejemplares que se cuidan especialmente, pues al ser los "abuelitos" del clan, están algo delicados; por eso no se prestan. Para consultarlos hay que pedir permiso. ¡Imagínate! Te parecen mayorcitos, ¿eh? Pues eso no es nada, porque entre el resto de los familiares de las otras bibliotecas universitarias, concretamente en nuestro "Cuartel General" que es la Biblioteca Central, hay cada "joyita": incunables, manuscritos,

raros... ¡Menudos ejemplares!

Mira, esas son las "PP" ¡No, no estoy ablando de política...!, sino de que son las "Publicaciones Periódicas", o sea, nuestras "primas", las revistas. Entran a menudo, porque traen las últimas novedades, así que son consultadas por los investigadores.

Estos de aquí son nuestros "hermanos" más caseros. No salen nunca, porque tienen que ser consultados dentro de la sala. Son las "Obras de Referencia", esto es, diccionarios, enciclopedias, etc. Se quejan de ser poco usados, pues tienen que competir con internet, sobre todo con Wikipedia. Y es que las nuevas tecnologías vienen pisando fuerte... Y también tenemos otros "primos", como vídeos, mapas, partituras y todos esos modernos que abundan ahora: CDs, libros electrónicos, bases de datos... Pero, bueno, nos llevamos todos estupendamente.

¿Cuál es tu sitio? ¡A ver!, déjame ver tu "tejuelo", ya sabes, ese letrerito que llevas en el lomo. Ya veo cuál es tu estante. Procura siempre estar bien ubicado en tu puesto; pues de lo contrario, si te colocan mal, te pasarás unas semanas olvidado porque nadie podrá encontrarte hasta que por fin "pasen revista" y te recolocuen correctamente.

¿Te gusta hacer gimnasia? Es que alguna vez pasarás por una especie de sesión de "fisisio", pues te moverán bastante cuando te escaneen. Para mí, que estoy un poco oxidado por la edad, es casi como hacer pilates.

Bueno, tenemos que dejarlo. Están abriendo y en un rato esto se llenará de estudiantes. Mañana te sigo contando...

María Jesús Gutiérrez

